

PDM (año 2)

Núcleo 2: Estando en la casa, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos

Oración inicial:

«Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra,
el mar y todo lo que hay en ellos,
concede a tus siervos
predicar tu palabra con valentía;
extiende tu mano
para que se realicen curaciones,
signos y prodigios
por el nombre de tu santo siervo, Jesús.
Amén.

Cf. Hch 4,24.29-30.

Motivación

El pasaje evangélico sobre el que vamos a hacer la *lectio* es, sin duda, uno de los más queridos para el papa Francisco, tanto que, según confesó en la bula *Misericordiae vultus*, su lema episcopal le fue inspirado por un comentario de san Beda a dicho pasaje. Fijémonos, pues, en los subrayados que hace el Papa; seguro que nos servirán para profundizar y experimentar el misterio de la misericordia de Dios y para ser nosotros verdaderamente misericordiosos como lo es nuestro Padre del cielo.

La vocación de Mateo se coloca en el horizonte de la misericordia. *Pasando delante del banco de los impuestos*, los ojos de Jesús se posan sobre los de Mateo. Era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los Doce. San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: *miserando atque eligendo* (cf. *Homilía 21*: CCL 122, 149-151). Siempre me ha cautivado esta expresión, tanto que quise hacerla mi propio lema.

Como se puede notar, la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible. El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el

vivir cotidiano. La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Es sobre esta misma amplitud de onda que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia «vive un deseo inagotable de brindar misericordia» (*Evangelii gaudium* 24).

Jesús habla muchas veces de la importancia de la fe, más bien que de la observancia de la ley. Es en este sentido que debemos comprender sus palabras cuando estando a la mesa con Mateo y otros publicanos y pecadores, dice a los fariseos que le replicaban: «Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,13). Ante la visión de una justicia como mera observancia de la ley que juzga, dividiendo las personas en justos y pecadores, Jesús se inclina a mostrar el gran don de la misericordia que busca a los pecadores para ofrecerles el perdón y la salvación.

Es muy significativa la referencia que Jesús hace al profeta Oseas –«yo quiero amor, no sacrificio» (6, 6). Jesús afirma que de ahora en adelante la regla de vida de sus discípulos deberá ser la que da el primado a la misericordia, como Él mismo testimonia compartiendo la mesa con los pecadores. La misericordia, una vez más, se revela como dimensión fundamental de la misión de Jesús. Ella es un verdadero reto para sus interlocutores que se detienen en el respeto formal de la ley. Jesús, en cambio, va más allá de la ley; su compartir con aquellos que la ley consideraba pecadores permite comprender hasta dónde llega su misericordia.

FRANCISCO, *Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia, Misericordiae vultus*, nn. 8, 10 y 20.

El pasaje elegido está dentro de una sección, Mt 8,1-9,35, en la que el evangelista, al parecer de los entendidos, tiene interés en mostrar cómo la fuerza del Reino anunciado por Jesús se manifiesta a través de una serie de signos y curaciones: curación de un leproso (8,1-4), la curación del criado del centurión (8,5-13), la curación de la suegra de Pedro y otras muchas curaciones (8,14-17), la tempestad calmada en el lago (8,23-27), la curación de los dos endemoniados de Gadara (8,28-34), la curación de un paralítico (9,1-8), la curación de la hija de un jefe de los judíos y de la hemorroisa (9,18-26), la curación de dos ciegos (9,27-31) y la curación de un mudo (9,32-34).

Signos que llevan a la gente a exclamar: "Nunca se ha visto en Israel cosa igual" (9,33); si bien los fariseos decían: "Éste echa los demonios con el poder del jefe de los demonios" (9,34). La sección termina con este sumario: «Jesús recorría las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia» (9,35).

Pero no todo son milagros en esta sección del evangelio; entre todos estos relatos de curaciones, Mateo incluye un pasaje en el que Jesús expone a un escriba y a uno de los discípulos lo que supone seguirle y cómo ha de ser una decisión inaplazable (8,18-22); luego está la vocación de Mateo (9,9-13) y, por último, una discusión sobre el ayuno con los discípulos de Juan (9,14-17).

Si hay algo que llama la atención en esta parte del evangelio de san Mateo es que aparecen diferentes personajes que muestran una gran fe en Jesús: el leproso que le dice: "Si quieres puedes limpiarme" (8,2); el centurión del que Jesús comenta: "en Israel no he encontrado en nadie tanta fe" (8,10); los que le presentan a un paralítico sobre una camilla y en los que Jesús ve "la fe que tenían" (9,2); la hemorroisa, a la que Jesús le dice: "Tu fe te ha salvado"; los dos ciegos a los que Jesús pregunta: "¿Creéis que puedo hacerlo?" A lo que éstos contestan: "Sí, Señor" (9,28). Lo que contrasta con la recriminación que Jesús dirige a los discípulos cuando le despiertan en medio de la tempestad desatada en el lago: "¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?" (9,26).

En medio de todo esto, aparece el relato de la vocación de Mateo. El escenario es la ciudad de Cafarnaún (cf. 8,5; 9,1) y la escena viene justo después de que Jesús hubiera mostrado a los escribas que *realmente el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar pecados* (9,6).

El Maestro, ni más ni menos, llama a un recaudador de impuestos (un publicano). Los de su clase eran considerados por los judíos explotadores de la gente del pueblo y colaboracionistas de los romanos. Por eso lo normal era no juntarse con ellos, y nada de entrar en su casa y comer en su misma mesa. Jesús, en cambio, le dice a Mateo: "Sígueme"; y, además, entra en la misma casa y se sienta a la mesa rodeado de "muchos publicanos y pecadores". De este modo se revela como médico de todos los que están enfermos y manifiesta uno de los signos más evidentes del reino que anuncia y trae: el reino de la misericordia al que son llamados los que se saben pecadores.

1 Escuchamos

- Leemos el texto bíblico.

Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:

«Sígueme».

Él se levantó y lo siguió.

Y estando en la casa, sentado a la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos:

«¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?».

Jesús lo oyó y dijo:

«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa “Misericordia quiero y no sacrificio”: que no he venido a llamar a justos sino a pecadores».

- Hacemos un breve silencio meditativo.
- Compartimos un breve análisis del texto.
 - **Primera escena:** la llamada de Jesús.
 - ✓ Jesús que pasa por donde está Mateo, sentado al mostrador cobrando los impuestos.
 - ✓ Jesús que invita a Mateo a que lo siga.
 - ✓ Mateo reacciona levantándose y yéndose con Jesús.
 - **Segunda escena:** lo que sucede en la casa.
 - ✓ Jesús sentado a la mesa.
 - ✓ Jesús rodeado de muchos publicanos y pecadores, y de sus discípulos.
 - **Tercera escena:** cuando aparecen los fariseos.
 - ✓ Los fariseos preguntan a los discípulos.
 - ✓ Jesús lo oye y les responde.

2 Meditamos

- Sobre lo que hace Jesús:
 - ✓ Vio a un hombre llamado Mateo.
 - ✓ Está en la casa, sentado a la mesa, acompañado de muchos publicanos y pecadores, y de sus discípulos.
- Sobre lo que dice Jesús:
 - ✓ A Mateo: "Sígueme".
 - ✓ A los fariseos: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad y aprended lo que significa *Misericordia quiero y no sacrificios*, que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.
- Sobre lo que hace Mateo:
 - ✓ Estar sentado al mostrador de los impuestos.
 - ✓ Escuchar que Jesús le dice: "Sígueme".
 - ✓ Levantarse y seguir a Jesús.

3 Contemplamos

- La mirada que Jesús le dirige a Mateo.
- El modo como le dice: "Sígueme".
- La casa donde Jesús está sentado a la mesa con los publicanos y los pecadores, y con los discípulos.
- A Jesús que se revela como *médico de los enfermos* y el que ha venido a *llamar no a los justos sino a los pecadores*.
- El corazón de los fariseos que critican a Jesús, el maestro, por comer con publicanos y pecadores.

4 Oramos

Mateo, como el salmista, seguramente gritaba con fuerza al Señor para que lo levantara de la fosa en que se encontraba hundido. El cambio que dio su vida, gracias a que Jesús le miró y lo llamó, fue a su casa y comió con él, fue motivo para que muchos otros, en la misma situación que Mateo, sintieran que existe la posibilidad de salvarse, de salir de los extravíos y de las mentiras y vivir en la verdad. Eso es lo que Dios quiere: que confiemos en Él, y que como Mateo, al ser llamados, respondamos: "Aquí estoy". No hay nada que más le pueda agradar al Señor.

Yo esperaba con ansia al Señor; | él se inclinó y escuchó mi grito:
me levantó de la fosa fatal, | de la charca fangosa; | afianzó mis pies sobre roca, | y
aseguró mis pasos;
me puso en la boca un cántico nuevo, | un himno a nuestro Dios. | Muchos, al verlo,
quedaron sobrecogidos | y confiaron en el Señor.
Dichoso el hombre que ha puesto | su confianza en el Señor, | y no acude a los idólatras,
| que se extravían con engaños.
Cuántas maravillas has hecho, | Señor, Dios mío, | cuántos planes en favor nuestro; |
nadie se te puede comparar. | Intento proclamarlas, decirlas, | pero superan todo
número.
Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, | y, en cambio, me abriste el oído; | no pides
holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy | —como está escrito
en mi libro— para hacer tu voluntad. | Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas».
Tú, Señor, no me cierres tus entrañas; | que tu misericordia y tu lealtad me guarden
siempre, porque me cercan desgracias sin cuento. | Se me echan encima mis culpas, y no
puedo ver; | son más que los pelos de mi cabeza, | y me falta el valor.
Señor, dignate librarme; | Señor, date prisa en socorrerme.
Alégrense y gocen contigo | todos los que te buscan; | digan siempre: «Grande es el
Señor», | los que desean tu salvación.
Yo soy pobre y desgraciado, | pero el Señor se cuida de mí; | tú eres mi auxilio y mi
liberación: | Dios mío, no tardes.

Salmo 40 (39) 2-14.17-18.

5 Actuamos

- Mateo donde primero descubrió la misericordia de Dios fue en la mirada que le dirigió Jesús, antes incluso que le dijera: "Sígueme". Recordemos cada una de las veces que hemos sentido que Jesús nos miraba así, como miró a Mateo. Examinemos igualmente nuestro modo de mirar a los demás y preguntémonos qué es lo que ha de cambiar en nuestra mirada para que los demás puedan descubrir y experimentar por medio de ella el amor misericordioso del Padre.
- En los diferentes informes de los grupos de trabajo convocados por don Carlos al final del confinamiento, se nos invita a poner la mirada en muchas realidades y en la situación de tantas personas que necesitan de nuestra misericordia.
 - ✓ ¿Cuáles de esas realidades para nosotros son las más desconocidas? (Indicad al menos tres).
 - ✓ ¿Qué podemos hacer para conocerlas más a fondo, sensibilizarnos y sensibilizar sobre las mismas a nuestra comunidad y para contribuir a que esa situación cambie? (Convendría esbozar un pequeño plan que nos ayudara a concretar nuestro compromiso).
- Jesús entró en casa de Mateo y comió rodeado de muchos publicanos y pecadores, y de sus propios discípulos.
 - ✓ ¿Qué signos concretos da nuestra comunidad cristiana de esa apertura y de ese deseo de Jesús de ser el médico de los enfermos y de haber venido a llamar a los pecadores?
 - ✓ ¿Qué acciones de las propuestas en los informes podrían servir y ayudar a nuestras comunidades a conseguir esa apertura y a vivir más y mejor imitando al Maestro que vino a buscar a los pecadores?

Testimonio:

Tratarles como Jesús nos trata a cada uno de nosotros

«La cárcel es como un mundo fuera de nuestro mundo. Está apartado y lejos, como si la sociedad no lo quisiera ver», dice Emilio, un seminarista de Guadalajara que cada viernes acude junto a otros voluntarios y al capellán de la cárcel al centro penitenciario de Alcalá-Meco. «Aunque tu madre te olvidase, yo no te olvidaré», dice Isaías, el profeta del Adviento por excelencia, y así lo han podido vivir los internos de la prisión durante estos días de preparación a la Navidad, gracias a los voluntarios de pastoral penitenciaria.

«Hemos tenido una celebración penitencial con ellos por el Adviento, y ha sido muy bonito comprobar que, hayan hecho lo que hayan hecho, Jesús quiere acercarse a ellos para perdonar sus pecados y que le puedan recibir en la Eucaristía. No son peores que cualquiera de nosotros», reconoce Emilio, quien durante todo este tiempo visitando a los presos se ha dado cuenta de que «no podemos juzgar a la gente. Si están aquí es porque han hecho algo, eso ya lo sabemos, pero ahora se trata de que aquí podamos tratarles como Jesús nos trata a cada uno de nosotros. Yo no soy el bueno y ellos los malos». Es más, «cada vez que veo los muros y los alambres de la cárcel me doy cuenta de que Jesús mismo está prisionero aquí».

La Misa de los viernes, en la que participan cerca de 40 internos, «es muy especial porque es muy sencilla. No hay una gran liturgia, pero es muy participativa; ellos leen y hacen las peticiones, muy espontáneas, por sus familias, por sus juicios, por otros presos... Hay mucho compañerismo que se percibe cuando se abrazan en el momento de la paz. La primera vez que fui allí me di cuenta de que el Jesús que está en la Sagrada Forma es el mismo que el preso que tengo a mi lado».

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo
José Calderero de Aldecoa

Artículo completo en: <https://alfayomega.es/193643/dios-nace-en-la-carcel-2>